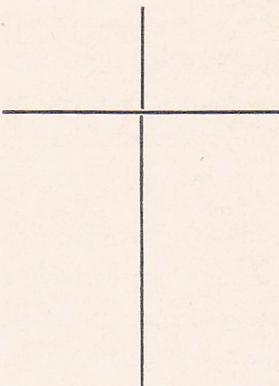


INSPECTORÍA Ntra. Sra. de LUJÁN

Calle 9 Nº. 1184 - La Plata
(República Argentina)



Sac. RAMÓN VALERO
S. D. B.

Bernal, 24 de setiembre de 1971.

Queridos hermanos en Don Bosco:

— ¿Cuándo, Señor, hice yo todo eso?... Tal me parece la pregunta extrañada de nuestro hermano, el Sacerdote *Ramón Valero*, Salesiano, al encontrar el abrazo agradecido del que dijo: "estuve enfermo y me visitaste; estuve triste y me has consolado". Porque el Padre Valero tuvo la fineza del buen Samaritano y la alegría irresistible de su sacerdocio a flor de piel, en lo que fue su vocación por muchos años: atender a los enfermos de los pueblos y ciudades en que se desarrolló su labor sacerdotal.

El sonido de su ocarina o su flauta, se derramaba hecho bálsamo sobre las almas de sus enfermos. Pero junto a sus notas estaba la sonrisa alentadora de este verdadero lebrel de cuantos, postrados por la enfermedad, podían necesitar de ayuda espiritual.

El Padre Valero nació en la tierra de la Virgen, Zaragoza, (España), el 30 de marzo de 1911.

Pequeño aún acompañó a sus padres, Don Francisco y Doña Marta Sanz, a la Argentina. Ya en 1922 lo encontramos como alumno en el Colegio San Francisco de Sales, de Buenos Aires.

Monaguillo entusiasta y puntual, tuvo la dicha de hallarse con un fervoroso salesiano, —hoy cargado de méritos y de años—, el Rdo. Padre Leopoldo Rizzi. De esta amistad nació el afán de imitación que hizo sonreír al generoso distribuidor de vocaciones sacerdotiales. Fue así como sintió el llamado de Cristo y con El se quedó toda la vida.

San Francisco de Sales, La Trinidad, Alta Gracia, Uribelarrea, General Pirán, Juan Segundo Fernández, San Miguel, León XIII, Avellaneda, Mar del Plata y Bernal, constituyen una simple enumeración de cartas de obediencia. El lugar fue lo de menos: en todas partes había enfermos que orientar al encuentro del Amigo.

En 1927, el Padre José Vespignani lo vistió con el hábito talar; en 1935, Monseñor Nicolás Esandi lo consagra sacerdote de Dios para sus hermanos.

Dios fue con él tan pródigo en dones espirituales como parco en dones de salud. Latinista eminente y con eximias cualidades musicales, tuvo que archivar ambas cosas en la vida práctica.

Su latín hubo de servirle tan sólo, —aparte del deleite espiritual que significa—, para algún discurso académico, de fluidez extraordinaria, en las solemnidades del seminario donde se desempeñaba como enfermero. La música, por su estado de salud, hubo de reducirse en el campo del trabajo a la formación del buen gusto entre los jóvenes a los que alcanzó su apostolado a la organización de selectas bibliotecas y a su flauta cariñosa, transformada en cuña para entrar en las almas de sus enfermos.

Pero no había recibido el sacerdocio para sí mismo y supo hallar otros campos en que hacer efectiva su entrega.

Cuando el domingo 27 de junio lo encontramos inconsciente en su lecho, nos pareció ver ya desmoronarse su resquebrajada salud; fue así como dos días más tarde, en presencia de la comunidad, se le administró el Sacramento de los Enfermos. Un mes duró en ese estado, hasta que el 27 de julio, a las 4 de la

mañana, en el Hospital de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, —Capital Federal—, pasó a recibir el premio.

Una de sus penitentes, al enterarse de su deceso, exclamó: “el Padre Valero realmente veía a Cristo en sus enfermos, hasta olvidarse de sí mismo”. Este entregar la vida propia, casi como si no costara la inmolación, fue característica de su apostolado que ni luce ni aparece muchas veces en las comunidades porque se efectúa, por regla general, fuera de las paredes de nuestros colegios. Así, pues, la vida del Padre Valero no fue letrero luminoso que atrajera la atención de multitudes sino lámpara serena de sagrario consumiéndose junto al misterioso sacramento del hombre hecho Cristo en la consagración del dolor humano.

“Dio un particular testimonio de Jesucristo... fue el sacerdote de los enfermos... el buen Samaritano... el testigo de Jesús que consolaba... llevó su cruz calladamente, hasta la muerte...” Todas estas frases las extractamos del discurso con que el Rvdmo. Padre Roberto Grossi, Vicario Inspectorial, tejió su elogio en la Misa concelebrada.

Y fue así: un apóstol, casi sin darse cuenta. Por eso dijimos al principio que debió extrañarse cuando Cristo salió a recibarlo con un abrazo.

Recen por él y por Bernal, ya que al irse, deja un claro en las filas salesianas, precisamente difícil de llenar porque, en su mansedumbre callada era difícil de advertir.

Les pido también una oración por mí.

Afectísimo Hermano en Don Bosco:

MANUEL T. LARIO
Director

RAMON VALERO SANZ, sacerdote, nacido en Zaragoza (España), el 30 de marzo de 1911; murió en Buenos Aires, (República Argentina), el 27 de julio de 1971, a los 60 años de edad, 43 de profesión y 36 de sacerdocio.

